

Ella, qué bien aguanta el viento

Sentada. En el poyete que forma el respiradero del garaje subterráneo se había sentado. Las piernas colgando, los brazos apoyados en la meseta donde descansaba su cuerpo. El pelillo a la brisa. Pantalones, blusa, jersey abierto. Una mirada que arranca del nacimiento no lejano. Una leve sonrisa y a un palmo de sus dientes, que asoman ligeramente, las narices de un muchacho.

Arriba el cielo, alrededor los coches del aparcamiento, el trasiego de entradas y salidas del supermercado. Es sábado, primavera, soleado. Eso es todo.

Lo que hablaban no se oía. Esas cosas. El tira y afloja. El gesto. Poco importa. Están quietos. El conjunto apenas se mueve. El reposa los brazos a izquierda y derecha del cuerpo de ella. Prisionera sin serlo. Tenía en la cabeza millones de pájaros. El vientecillo de cuando en cuando le llevaba la melena de un lado a otro. Las piernas muy juntas. El cuerpo distendido, pero atento. Era un aroma que se le iba o se le venía a las mientes.

Podía estar horas de aquella guisa. Era una fuerza que llevaba de siempre, prendida a ella, sin origen, sin principio, que salió a relucir, sin necesidad de asombros, cuando dos ojos la miraron por primera vez.

La brisa le hacía flamear algunos pliegues de la blusa. La temperatura no existía. Afuera era algo que estaba en la trastienda del pensamiento.

—Tu hermana me dijo ayer...

—Claro, no iba a poder salir.

Me gusta. Los ojos empezaron a recorrer su propio cuerpo. Cada trocito de piel fue examinado con detenimiento. Los poros demostraban su existencia. No podía mirarse tanto. Cerró los ojos. Sus cuerpos se ondulaban interiormente, apenas llegaba al exterior señal de su contoneo. Era algo que entre ellos se trajinaban.

Estaban prácticamente en el centro de la plaza. Desde las ventanas, quizá alguien mirara, sería un instante para ver el día que hace. Unos niños jugaban con una pelota. Los del supermercado con el lío de las bolsas y su transporte tenían bastante entrenamiento. Nadie miraba. El origen de la vida lo habían dejado a un lado, hace muchos años, por otros quehaceres más importantes. Así es la cosa.

Todos cumplían su papel, si no la pareja jamás volvería a existir. Cuando más: ahí, ahí está la hija de fulanita, más le valdría..., o cualquier otra reflexión. ¿Y qué me dices del niño?

A ratos, el vientecillo, sin dejar de ser templado, arreciaba un poco, empujaba un poco más y las velas se apagaban, las sábanas tendidas se disparaban hacia lo alto, el balón de los muchachos hasta cambiaba de dirección. Sus cuerpos se tensaban. Y todo

empezaba por los ojos que con sus diferentes fuerzas producían inestabilidades propicias al viento.

El huracán se quedaba reducido a aquel pequeño espacio de la meseta del respiradero. Había mucha fuerza que administrar. Algún mechón henchía la curva de un lado de la cara. Todo era fiesta en los ojos y en los dardos que disparaban aquellos cuerpos.

Las palabras no llegaban a oírse, quizá ni a pronunciarse; llenaban espacios vacíos que ni siquiera se podían reconocer, encontrar. Pero los cuerpos recibían los vientos más terribles que puedan darse. Oreaban sus pieles, refrescaban los dientes, resecan las gargantas, traían nuevos temblores que se iniciaban por la columna. A ella se le sorbían los humores hacia todo su interior. A él se le anudaban las tripas con dolor.

Miró hacia arriba y cerró los ojos por el sol. Los abrió más hermosos sin poder sujetarlos en sus órbitas. Se le iban recorriendo aquella continuación de su cuerpo que fabulosamente se le había apartado unos centímetros. Inmóvil porque su propio deleite se lo pedía. El centro de la plaza se hizo un punto borroso. No llegaban a verse.

El sol de nuevo, por entre dos nubes, volvió a molestar a la vista. Un instante después, antes justo de sentirse un leve suspiro, todos los geranios y rosales de las ventanas y terrazas quedaron arrasados.

Sin moverse, ella, se miró la punta de los zapatos, se movían en el pequeño precipicio que la separaba del suelo.

Comprendió que algunas veces es difícil aguantar el viento sin moverse demasiado.

Jorge Cela Trulock